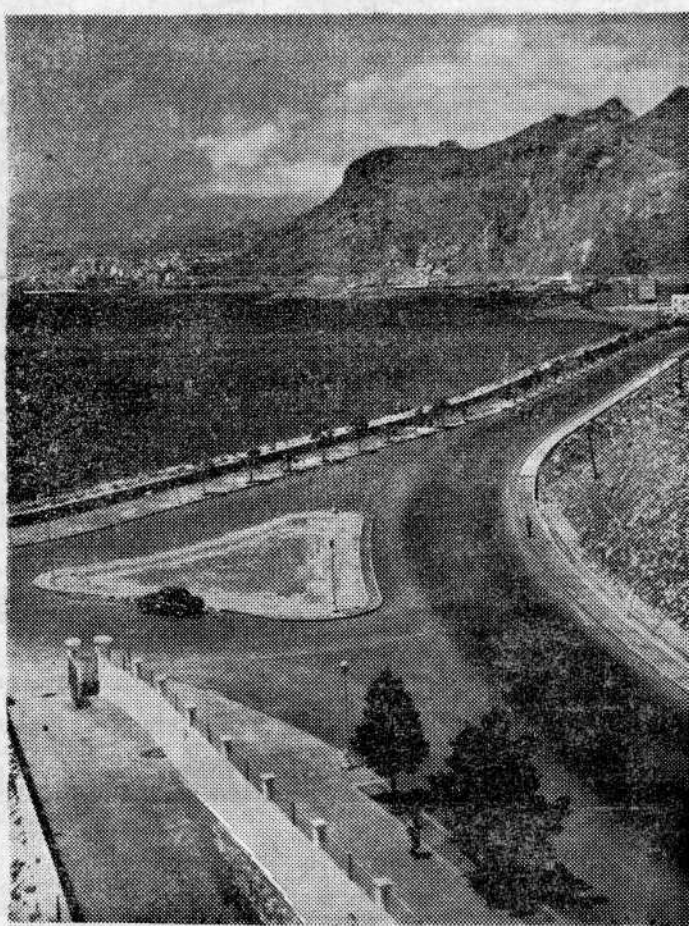


PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

LA VIEJA CARRETERA DE SAN ANDRÉS



La hoy carretera de San Andrés, en gran parte ya espléndida Avenida de Anaga, tuvo sus principios en el antiguo camino vecinal que unía este pueblo con la capital. "Este camino que principiaba a espaldas del castillo de Paso Alto, faldea a orillas del mar las montañas que forman los valles Seco, Bufadero, San Andrés e Iguete, que pertenecían a este Distrito, habiendo en él algunos pasos peligrosos en los rarísimos días en que la mar se presenta atemporalada con vientos del Sur en algunos inviernos". Así nos lo describe, allá por la década del 80, don Miguel Poggi y Barsotto en aquella su célebre guía de Santa Cruz.

Esta vía de comunicación, que iniciada en 1856 por prestación personal, siguió su curso de construcción con toda lentitud, quedó paralizada en su ejecución en 1868, dejaron de consignarse cantidades para invertir en ella. Y decía la Prensa de entonces, "lo construido se halla completamente destruido por no haberse ejecutado las obras con la inteligencia y solidez que requerían, y por el abandono con que se mira esta vía importante".

Y esta era la causa de que, hasta nuestros años niños, el envío de frutos y otros productos agrícolas de San Andrés e Iguete se hiciese por vía marítima.

Aún recordamos cuando, en la "marquesina", comenzaban los preparativos para hacerse a la mar aquellas largas falúas de dos proas a las que, sobre la regala, se colocaba una falsa borda de lona para proteger a los pasajeros de los rociados,

Pero, antes de la salida, había que calentar con soplete aquellos primitivos motores de gas-oil que con tanta frecuencia se averiaban. Y era entonces cuándo llegaba el momento de, a media travesía, izar rudimentaria vela y, con la limosna de la brisa, alcanzar el abrigo del puerto o el collar de espumas de la playa de Iguete.

La "marquesina" guarda aún ecos del suave ronroneo de motores y de las estampas marineras de aquellas falúas—sin excepción pintadas de gris—que sustituyeron a los viejos botes que, a vela, comunicaron durante muchos años a Santa Cruz con aquellos sus dos barrios que, a orillas del mar, suplieron—saben aún—unir y hermanar la agricultura con la pesca. Mientras sus quillas audaces aran la mar en busca de cosecha palpitante, al paso cansino de bueyes, la tierra se abre y, con largueza, prodiga sus frutos.

Hoy las viejas falúas quedan en el recuerdo de aquellos sus pasajeros sufridos y de los que, niños aún, acudíamos al diario espectáculo de sus salidas y llegadas.

Las cargas humildes se amontonaban en las falúas y, entre ellas, nunca faltaba un par de sacos de carbón vegetal, aquel "carbón de pino", que ya es sólo un recuerdo, una nostalgia más, como aquellos negros fogones que, años anteriores a los "infiernillos" suplantados hoy por el butano, eran obligados huéspedes de todas las cocinas de la Isla.

La carretera se abrió paso lentamente.

Pero nadie soñó entonces que, con el transcurso de los años, llegase a convertirse en Avenida, en mirador espléndido de la ciudad sobre su puerto, sobre todo su mar.

La margen izquierda del antiguo camino, "que principiaba a espaldas del castillo de Paso Alto", se ha transformado, como por arte de magia, en el "waterfront"—valga el expresivo vocablo inglés—de todo nuestro Santa Cruz.

Allí la montaña se ha convertido en fondo de toda una teoría de colores de modernas edificaciones que, poco a poco, alzan sus nuevas y atrevidas estructuras, símbolos de la ciudad que fue, que siempre es.

Pero aún quedan vestigios, reliquias ya, del viejo Santa Cruz carbonero, de aquel que vivía cara al mar, que cifraba su porvenir en aquel buen galés de antaño—de poco humo y mucha fuerza—que, con regularidad, llegaba desde Cardiff para, con su abundancia, rellenar exhaustas gabarras y almacenes.

Allí, en la misma línea donde la ciudad se funde con el

mucha fuerza—que con regularidad, llegaba desde Carair para, con su abundancia, rellenar exhaustas gabarras y almacenes.

Allí, en la misma línea donde la ciudad se funde con el puerto, donde la tierra se une y confunde, imprecisa, con el mar, Santa Cruz pone su presencia magnífica. Y mira de cara al océano, camino siempre de su prosperidad, de su futuro.

Ya la “marquesina” no tiene ronroneos suaves de falúas ni charlas animadas de vecinos de Igueste que, por circunstancias especiales de la época, habían convertido en estación aquella parte del viejo muelle santacrucero.

Ya no se apilan las humildes mercancías a la espera de los carros canarios que, entre arres de estímulo y férreo estrépito de herraduras, ascendían por la pequeña calzada en busca de las calles de la ciudad.

Hoy es una espléndida Avenida la que se acerca hasta Santa Cruz.

Hoy es una espléndida Avenida la que pone a pocos kilómetros de la capital aquella su playa de Las Teresitas.

Y, también la que, en su día, nos ponga a Igueste, a sus playas, casi a las puertas de Santa Cruz.

Aún es posible ver, sobre la vieja carretera, el abandonado camino que, serpenteante, orillaba los precipicios y, desde Cueva Bermeja, iba en busca del valle aislado y tranquilo de San Andrés.

Hoy todo aquello pertenece al pasado.

El antiguo camino vecinal es tema remoto, pero no olvidado. Por él, y por el camino si... linderos de la mar, se abrió a la prosperidad toda aquella zona que en la actualidad, después de muchos años, está a pocos minutos de Santa Cruz.

Y por ella, por esa su indudable ventaja que representa para el transporte en general, la ciudad se ha asomado también a la otra vertiente y, después de muchos años de esperanzas, descubre por fin el paisaje inigualable de Taganana.

Y todo ello comenzó en aquel primitivo camino vecinal que—repetimos—“principiaba a espaldas del castillo de Paso Alto”.